

MIÉRCOLES DE LA SEMANA XX DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo A)

Mateo 20, 1-16a

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido”. Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?”. Le respondieron: “Nadie nos ha contratado”. Él les dijo: “Id también vosotros a mi viña”. Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: “Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros”. Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Al recibirlo se pusieron a protestar contra el amo: “Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno”. Él replicó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?”. Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos».

Esta parábola nos enseña una lección profunda sobre la gracia y la generosidad de Dios.

Dios no nos trata basado en nuestras obras o méritos, sino que nos ofrece su amor y salvación sin importar cuándo o cómo hayamos venido a Él.

Así como los trabajadores de la parábola recibieron el mismo salario, nosotros también recibimos las bendiciones de Dios por su gracia, no por nuestros esfuerzos.

Esta historia nos desafía a no compararnos con los demás ni a medir nuestra valía por lo que hacemos. En cambio, nos invita a reconocer que todos somos beneficiarios de la gracia inmerecida de Dios.

Además, nos llama a vivir en gratitud y a compartir ese amor y generosidad con los demás, sin juicios ni envidias.

Agradecemos a Dios todo lo que cada día nos da, y no lo merecemos.